

diferentes. Atendido todo esto, las influencias del pasado, por fuertes que sean, quedan anuladas ó desunidas por las influencias de la herencia que tiene un poderío equivalente, y el centro social no ha entonces de batallar con ellas, y puede libremente producir sus modificaciones.

Sin embargo, para que los mismos cruzamientos hagan sus efectos es necesario respetarlos durante largo tiempo, y que los individuos de las diferentes razas que se cruzan no sean numéricamente desiguales. Si existe una desigualdad manifiesta en la proporción de los elementos que se cruzan, los caracteres que prevalezcan en la mescolanza llegarán á absorber y eliminar á los demás. Así un corto número de blancos introducidos en una población de negros desaparece rápidamente sin dejar huellas, después de algunas generaciones; y por esta misma razón los caracteres de un pueblo conquistado desaparecen si los invasores son demasiado numerosos.

Cabe citar á los griegos modernos como ejemplo, pues nada les queda ya en realidad de la fisonomía de sus antepasados, tan bien modelada por la escultura (1). Por la misma causa también los pueblos conquistadores desaparecen, si por el contrario están en proporción demasiado pequeña con respecto á los pueblos conquistados. Así pasó, por ejemplo, con los romanos en las Galias; los cuales si son nuestros padres por la civilización y la lengua, no lo son por la sangre. Lo mismo ocurrió á los árabes en Egipto; pues, según veremos, los egipcios, que habían sido refractarios á las civilizaciones persa, griega y romana, rehusando siempre aprender la lengua de sus vencedores, adoptaron rápidamente la lengua, religión y civilización árabes, hasta el punto que Egipto ha llegado á ser el país más árabe de todos los que siguen la religión de Mahoma; pues los cruzamientos entre los egipcios y sus nuevos conquistadores fueron tan frecuentes que desde la segunda y tercera generaciones se habían formado tipos intermedios, cuyo origen no

(1) No creo aventurarme mucho asegurando que ya hoy no se hallan griegos en Grecia, sino de un modo muy excepcional. Por mi parte no he hallado ninguno en Atenas, ni en las escalas de Levante, frecuentadas tanto tiempo há por los griegos de diferentes puntos del archipiélago. Añadiré que debe haber mucho tiempo que ya no hay griegos en Grecia, pues en una colección muy curiosa de bustos de grandes personajes, indudablemente muy antiguos, que posee el museo de Atenas, no he hallado un solo individuo que tuviese el tipo griego. El señor Schliemann, con quien he viajado bastante, me ha asegurado que en Megara, Itaca, Lesbos y otros diversos puntos que no visité, se halla todavía á individuos con tipo griego. Pero eso no son más que reminiscencias atávicas, demasiado mínimas para desvanecer lo que acabo de decir.

era ya posible distinguir. Pero la superioridad numérica de los antiguos egipcios sobre los invasores y la lentitud de las invasiones dieron motivo á que pronto desapareciese casi completamente la influencia de la sangre árabe. Así es que el fellah de hoy en día, aunque árabe por la religión y la lengua, es en realidad hijo de los egipcios del tiempo de las Pirámides, y además la viva imagen de los mismos.

II

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LOS CARACTERES PSICOLÓGICOS PARA LA CLASIFICACIÓN DE LAS RAZAS

Ya se habrá visto por lo que antecede que ni la lengua, ni la religión, ni los agrupamientos políticos son datos que permitan clasificar á las razas.

Los caracteres anatómicos, como la forma del cráneo, el color del cutis, la fisonomía (2), etcétera, etc., tampoco sirven para dicho objeto; pues aunque los caracteres anatómicos nos permitan establecer algunas grandes divisiones fundamentales, la mayor parte son controvertidas, y además nada nos enseñan casi acerca de las profundas diferencias que existen entre los pueblos vecinos, como por ejemplo, las que vemos en los diferentes pueblos de Europa.

Sin embargo, nosotros opinamos que existen ciertos caracteres tan fijos como los anatómicos, los que, por más desdeñados que sean de la antropología moderna, día llegará en que sirvan de base fundamental á una clasificación de razas: refiérome á los caracteres intelectuales y morales; pues el más convencido partidario de las descripciones anatómicas no querrá de seguro defender que poniendo frente á frente dos razas, cualquiera llegaría á sacar más datos de ellas por medio del conocimiento de sus caracteres anatómicos, que por el de sus caracteres psicológicos.

Además los caracteres psicológicos se reproducen con tanta persistencia como los anatómicos.

(2) Entre estos caracteres hay uno, la fisonomía, que hasta ahora nadie ha empleado como medio de clasificación para las razas humanas, á pesar de que me parece tener grande importancia; pues he debido reconocerlo así, observando en mis diferentes viajes á Europa, Asia y Africa con cuánta facilidad los indígenas saben distinguir, sin equivocarse, á los individuos que pertenecen á diversas razas, que se tratan habitualmente con ellos, hasta en el caso de que todos vistan del mismo modo. Así es que he procurado demostrar la importancia de este método en una memoria especial, que podrán consultar mis lectores, quienes hallarán en ella particularmente la indicación de los medios que deben usarse para discernir los caracteres fisionómicos que son comunes á una misma raza.

cos; de modo que cuando se conoce la evolución de un pueblo, el observador queda sorprendido de ver con qué constancia sus aptitudes morales é intelectuales se perpetúan á través de las épocas; y las instituciones de un pueblo y el papel que hace en el mundo resultan sobre todo de sus aptitudes. Los móviles inconscientes de la conducta residen en el carácter, quiero decir, en el conjunto de disposiciones que cada individuo posee al nacer. El carácter varía en cada

raza, y esta variedad nos demuestra la causa de que instituciones parecidas, aplicadas á distintos pueblos, produzcan resultados tan diferentes como, por ejemplo, la causa de la miserable anarquía de las repúblicas españolas de América, comparada con la prosperidad de los habitantes de los Estados Unidos bajo instituciones idénticas. La iniciativa, la previsión, el valor, la aptitud para gobernarse, el dominio sobre sí mismo, etc., etc., sentimientos son que la he-



Beduinos nómadas de Siria, fotografiados en Jericó por el autor

rencia puede dar, pero que ninguna institución puede formar; pues creados están ya en cada individuo cuando va á nacer, y representan la herencia de un largo pasado, donde en realidad de verdad se elaboraron los motivos de nuestros actos presentes.

Aunque los caracteres morales é intelectuales de un pueblo sean tan estables como sus caracteres físicos, pueden, como estos últimos, modificarse lentamente por la influencia de diversos factores, y particularmente por la de aquellos que más arriba enumeramos: el centro físico y moral y los cruzamientos. Así un romano del tiempo de Heliogábalo no poseía ya el carácter de sus antepasados de la República, y el habitante de los Estados Unidos también difiere mucho en carácter de los ingleses, de los cuales procede.

En la mayor parte de las naciones modernas

el carácter se halla en vías de transformación, distando mucho de estar fijado, pues las grandes invasiones de que derivan, han puesto frente á frente elementos demasiado semejantes, y mezclados desde un tiempo aún demasiado corto para crear en la mayor parte de éstos muchos sentimientos comunes. Así se comprende fácilmente al ver hasta qué punto unos pueblos que á simple vista parecen muy homogéneos, como por ejemplo los franceses, se componen de elementos tan diferentes, como los kimris, los normandos, celtas, aquitanos, romanos, etcétera, los cuales han habitado nuestra tierra, sin que sus descendientes se hayan todavía refundido bien.

En una obra reciente he examinado la profunda influencia que pueden tener en los destinos de un pueblo los elementos que lo penetran, sobre todo cuando estos elementos tienen ten-

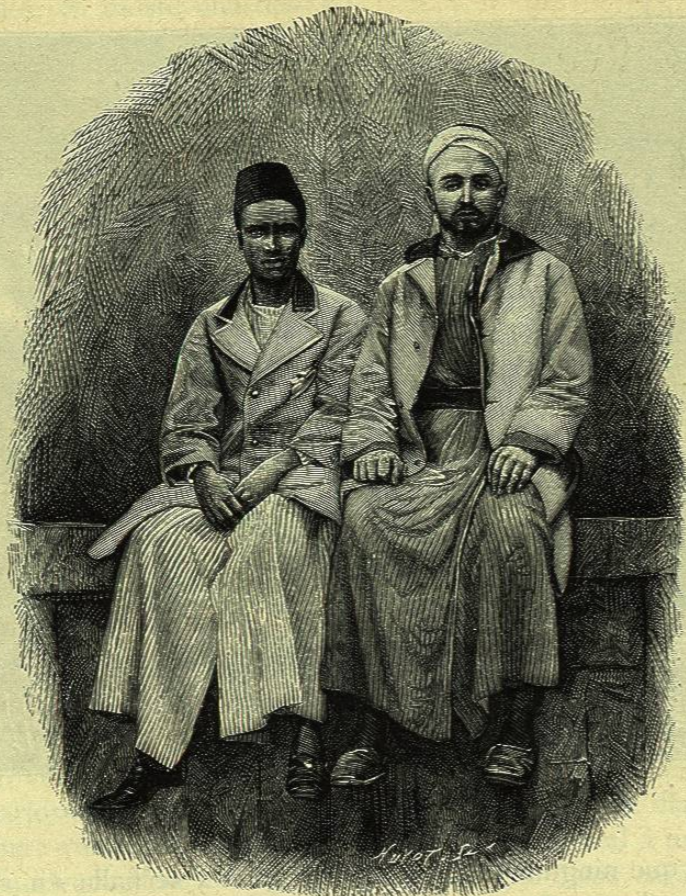
dencias diferentes; y he procurado demostrar que cabe encontrar la clave de la importancia que han tenido ó que tendrán en la historia, mucho más en este estudio que en el de las instituciones políticas, las cuales son más bien consecuencias, que causas de sucesos. No me extenderé más sobre un punto que aquí no puedo sino tocar. Pero lo poco que he dicho habrá demostrado al lector la importancia del estudio de la psicología de los pueblos, ciencia

que apenas está hoy en día bosquejada (1). Respecto particularmente de los árabes, veremos que se halla en el estudio de su carácter gran parte de la explicación de las causas que han determinado su grandeza y decadencia.

III

ORIGEN DE LOS ÁRABES

Diferentes consideraciones, fundadas principalmente en la lingüística, han clasificado en



Arabes sedentarios de Siria, fotografiados en Damasco por el autor

una sola familia, llamada semítica, á poblaciones tan variadas como los árabes, judíos, fenicios, hebreos, sirios, babilonios y asirios, que ocuparon y todavía ocupan la Arabia y el Asia Menor hasta el Eufrates.

El parentesco que se reconoce entre ellos depende de la analogía que existe entre la lengua hablada por cada uno; y de ciertos caracteres físicos, que todos poseen, como el color oscuro del cabello, la barba poblada, el cutis mate y otros; y aunque podría alegar mucho contra estos caracteres, como ello me daría no poco que escribir, prefiero reducirme á consignarlos del mismo modo que suele hacerse en las obras elementales.

En el concepto físico se admite generalmente

que todos los pueblos que acabamos de enumerar tienen dos tipos, uno delicado y otro grosero, y Mr. Girard dice: «El primero viene caracterizado por una estatura esbelta que generalmente no pasa de mediana; por miembros secos y nerviosos; por extremidades finas y por una cara larga y delgada en la parte inferior; la barba es contorneada, la boca pequeña, los dientes blancos y los labios delgados; la nariz, que es estrecha, se une á la frente directamente y toma una forma aguileña muy pronunciada, encorvándose en la extremidad como el pico de

(1) He desarrollado estas ideas en las obras ó memorias siguientes: *L'Homme et les Sociétés, leurs origines et leur histoire*, tomo II. — *L'Anthropologie actuelle et l'étude des races* (*Revue Scientifique*). — *De Moscou aux monts Tatras: Etude sur la formation actuelle d'une race* (*Bulletin de la Société de géographie*).

ave de rapiña; los ojos negros y bien rasgados, se abrigan bajo unas cejas poco desarrolladas, y el cráneo es dolicocefalo. Así está compuesto el tipo más general de los árabes; y así se le ve también entre los israelitas, los sirios y los egipcios antiguos y modernos.

»El segundo se distingue por una estatura más ó menos alta, pero maciza y pesada; por unos miembros acentuadamente musculosos, por una cara más ancha y fuerte; por unas quijadas poderosas y con frecuencia prominentes; tiene la barba saliente, la boca rasgada, los labios gruesos, la nariz ancha, aguileña y abultada en la punta, los arcos superciliares marcados y muy poblados; los ojos grandes y negros; y la frente, recta y baja. Este tipo se halla de un modo completo en los Asirios; también se ve entre los Judíos, lo mismo que entre los Arabes, particularmente los del Sud; igualmente existe entre los Egipcios, bien que estos últimos tienen en las venas sangre de elementos africanos, como lo indican ciertos rasgos de su fisonomía y las proporciones del cuerpo.»

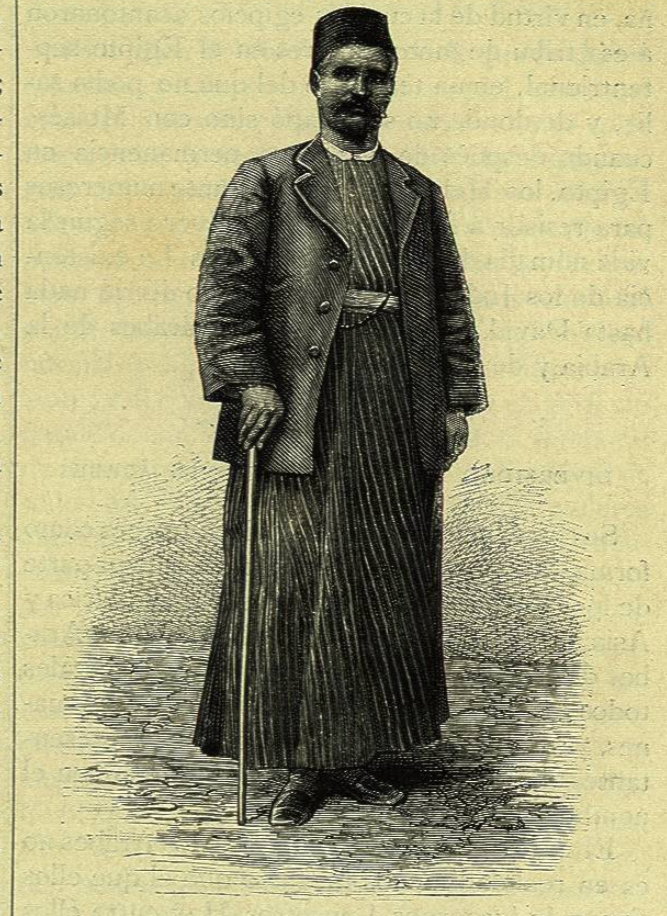
Sea cual fuere el valor — muy discutible para nosotros — de los caracteres que preceden, y del parentesco de los pueblos llamados Semitas, lo cierto es que su común origen, si existe, remonta á los tiempos prehistóricos, pues en las épocas más remotas de que la tradición ha conservado memoria, estos pueblos ya se diferenciaban.

Si hemos de juzgar por nuestras ideas modernas de las concepciones políticas y sociales de los Semitas, debe consignarse que nunca han sido muy elevadas, pues apenas han llegado á salir del estado patriarcal. Sin embargo, conviene tener presente que estos pueblos han fundado civilizaciones poderosas, y que de las cinco ó seis grandes religiones que hoy en día predominan en el mundo, tres de las más importantes, el judaísmo, el cristianismo y mahometismo, han sido engendradas por esa rama de la familia semítica que constituyen los Judíos y los Arabes.

La única rama de los Semitas de que aquí debemos ocuparnos, los Arabes, presenta, ó mejor, ha presentado durante largo tiempo un parentesco grandísimo con los Judíos; lo cual viene indicado por la semejanza de sus lenguas, y por las tradiciones que les atribuyen un origen común.

En efecto hay muy poco parecido entre el Arabe tal como se nos aparece en la época de su civilización, y el Judío, tal como lo conoce-

mos siglos há, ramplón casi siempre, y pusilánime, avaro y codicioso; de manera que parece humillante para el primero verse comparado con el segundo. Pero téngase presente que depende de las condiciones particulares de existencia que ha debido pasar desde hace siglos el Judío, lo que le ha transformado en la despreciada raza que hoy conocemos; pues todo pueblo sometido



Arabe sedentario de Siria, fotografiado en Damasco por el autor

á semejantes rigores, que no tuviese otro medio de existencia que el comercio y la usura, y fuere despreciado en todas partes, llegaría á ser lo que son los judíos, quienes ya sean ricos, ya pobres, conservan unos instintos sórdidos, que veinte siglos de herencia parece han fijado para siempre en su naturaleza (1).

(1) Aunque reconozcan su parentesco con los Judíos, los Arabes son los que más se sonrojan de él; pues he tenido ocasión de observar en mis viajes á Alemania, Polonia, Galitzia, Rusia y Oriente cuán poco estimados son los Judíos en todos estos puntos, y he visto que los sentimientos que han inspirado en todas las partes de Europa no tienen comparación con la repulsión que han inspirado á los Arabes, los cuales miran al Judío como una especie de animal inmundo contra el cual todo es permitido. Cuando un Arabe de Argel habla á un Judío no le da otro nombre que el de *carono* ó *hijo de carono*, llegando á reconocerle, aunque se disfrace con cualquier traje imaginable. Habiéndome hallado en Argel en circunstancias que un congreso atraía á muchos Europeos, varios Arabes llegaron á indicarme, sin equivocarse nunca, el origen israelítico de personas en cuya fisonomía no veía yo nada particular, por más que la examinase.